

Memoria y responsabilidad

Agnes Heller

Traducción de Mario Ojeda Revah

Cuando Dios le preguntó a Caín: "¿Dónde está Abel, tu hermano?", el primer asesino de la historia contestó con otra pregunta: "¿Acaso soy el guardián de mi hermano?" La espuria respuesta de Caín no era sino un sustituto de la falta de respuesta que suele ser la vía de escape de la evasión de responsabilidades. Una persona comienza a adoptar la responsabilidad moral de un hecho cuando responde con sinceridad. Caín debió haber contestado: "Abel está muerto porque yo lo maté". De haberlo hecho, hubiera asumido la responsabilidad moral de su acción.

Supongamos que Caín hubiera olvidado que había asesinado a Abel. ¿Podría entonces haber sido acusado de asesinato exactamente bajo los mismos fundamentos que si lo hubiera recordado claramente? De ser así, ¿cabría acusarlo de evadir sus responsabilidades?

Cuando Adán y Eva probaron la dulzura del fruto del árbol del conocimiento, lo hicieron bajo la influencia del demonio. Supongamos que al prestar oídos a los argumentos de la serpiente, el primer hombre y la primera mujer hubieran olvidado por completo el mandamiento divino, incluso la propia existencia de la voz y la persona divina, y que sólo después de que los ángeles llegaron y la voz de Dios retumbó recordaron todo aquello que habían olvidado. ¿Podrían aún entonces haber sido expulsados del paraíso?

En ningún lugar estarían la memoria y la responsabilidad tan íntimamente asociadas y entrelazadas como lo estuvieron dentro de las sociedades totalitarias, así como en sus secuelas. Circulan diversas historias sobre la amnesia política. He elegido una al azar. Un famoso escritor húngaro (cuyo nombre omito deliberadamente) afirmó en su autobiografía que jamás había atacado a víctima alguna de ningún proceso montado por el régimen staliniano. Algunos días más tarde, alguien que le tenía mala voluntad volvió a publicar un documento que probaba lo contrario. Este caso es sintomático, porque el escritor, a diferencia de muchos otros, no mintió; no era una persona inclinada a blanquear su pasado. En realidad, borró de su memoria el hecho de que había participado en ese caso particular de cacería de brujas. Mucha gente miente acerca de su pasado o, por lo menos, lo reinterpreta bajo una luz más halagadora. Merecen la reprobación moral pero no despiertan demasiado interés. Existen también unos cuantos que olvidan su pasado de manera tan completa y profunda que son incapaces de recordar, incluso cuando se les enfrenta con la evidencia de documentos o el testimonio confiable de otras personas, el hecho en cuestión. Podrán, quizás, decir "debe Ud. estar en lo cierto, seguramente hice eso; algo semejante formaba parte de mi carácter en aquel entonces, pero", agregarán, "no puedo recordarlo, hay una completa laguna en mi memoria"

En las sociedades totalitarias, las experiencias política-

mente infligidas o motivadas pueden sumergirse en el inconsciente de hombres y mujeres de cualquier grupo generacional. Menciono el inconsciente y no la preconcencia, porque después de haber rezumado en la "clandestinidad", estas experiencias no pueden ser devueltas a la superficie a través de canales normales. Hay una enorme resistencia a sacar a la superficie este material, y la experiencia reprimida a menudo se manifiesta indirectamente: en suicidios, depresión crónica y otros padecimientos psicológicos. Las heridas provocadas por un sufrimiento inmenso permanecen abiertas mientras se mantienen bajo la conciencia, yaciendo en secreto. Tengo la hipótesis de que todas las experiencias que se mantienen atrincheradas en el fondo mismo del inconsciente, las experiencias que conciernen a nuestras propias acciones y comportamiento, son las más reacias a salir a la superficie. Es este, con toda semejanza, el caso de las víctimas de la ira totalitaria, los internos de los campos y de los guetos. El sufrimiento provocado por el hambre, la sed, las palizas o la tortura se recuerda bastante bien y, sin embargo, se olvida. No se siente la tortura de la hambruna cuando se recuerda la experiencia de la hambruna. Las escenas de humillación más profunda frecuentemente se entierran en el inconsciente porque la asociación de vernos a nosotros mismos en un estado humillado no es sino una autohumillación. Las acciones que alguna vez cometimos contra los propios semejantes y contra nosotros mismos, las acciones que debieran ser aceptadas como "nuestras" mediante el gesto de hacernos cargo de ellas, se sumergen muy profundamente en nuestro inconsciente.

Hace muchas décadas, los teóricos del totalitarismo inventaron el término "lavado de cerebro". La expresión indicaba exactamente su significado. El adoctrinamiento totalitario, y así era común creerlo, lava el cerebro humano de todo aquello que hasta entonces lo conformaba: conocimientos cotidianos acumulados, normas y hábitos morales, credos políticos y religiosos, disposiciones sentimentales y cosas por el estilo. Tras haber sido sometidos a un lavado de cerebro, hombres y mujeres pueden ajustarse muy fácilmente a toda clase de doctrinas, lógicas y credos que desafían tanto su sentido común como sus convicciones previas. Cualquier cosa que los poderes adoctrinantes quieran que crean, la creerán a partir de entonces. Aún cuando la teoría del lavado de cerebro y la teoría de la manipulación rara vez fueron propagadas por las mismas personas, ambas teorías suscribían una convicción lockeana, en su versión menos elaborada. Se daba por hecho que la mente humana era una especie de *tabula rasa* que podía llenarse fácilmente de cualquier cosa, a placer; sin embargo, también se suponía que el "relleno" podía ser borrado a voluntad.

El desplome del totalitarismo ofreció al observador atento un interesante espectáculo epistemológico. Resultó que los

cerebros supuestamente lavados a conciencia no habían sido en absoluto lavados. Todo lo que esas mentes habían contenido alguna vez había permanecido allí intacto, plenamente preservado en estado de hibernación. No obstante, la teoría del lavado de cerebro no era del todo falsa, incluso habiendo sido incorrecta: mientras duró el totalitarismo, o al menos mientras siguió siendo vigoroso y amenazante, la gente se comportaba y pensaba en realidad como si las cosas alguna vez bien conocidas se hubieran perdido por completo u olvidado para siempre. El paso de la mente pretotalitaria a la mente totalitaria, y más tarde a la mente posttotalitaria, es semejante al paso de la mente de la vigilia al sueño y otra vez a la vigilia. El ámbito y la lógica de la mente totalitaria difieren del ámbito y la lógica de la mente pre o posttotalitaria. Uno puede despertar del propio sueño y, sin importar que el sueño haya sido bueno o malo, continuar la vida completamente despierta del día anterior sin dificultad, como si nada hubiera sucedido. Y como en el sueño, en el que la gente puede asegurarse a sí misma que se trata sólo de un sueño mientras sigue soñando, sin regresar a la lógica de un estado completamente despierto de la mente, de la misma manera puede hacerlo la gente con un cerebro supuestamente lavado. Toman conciencia de que existe también otra forma, real, de pensar, y de que no están pensando en una forma "real", y sin embargo continúan pensando dentro del marco de la lógica totalitaria.

Pero la analogía termina aquí. El pensamiento totalitario no es la expresión del inconsciente. Cuando la gente piensa según la lógica del totalitarismo, se trata de la lógica plenamente consciente, del modo "real" de pensar que ha sido arrinconado en el inconsciente. El pensamiento pretotalitario se vuelve consciente, porque el censor no le permite penetrar la mente consciente; se lo mantiene a distancia. A diferencia de las más típicas historias privadas de la génesis del inconsciente personal, en las que el censor mantiene sumergidos materiales semejantes, que nunca han sido del todo conscientes, en este caso el censor debe evitar la salida a la superficie de tales materiales, que alguna vez constituyeron el estado normal y consciente de la mente humana. Esta tarea es desempeñada de la mejor manera cuando el material sumergido se mantiene completamente bloqueado. Como consecuencia de ello, ningún cambio o transformación tiene lugar en el contenido o estructura de la mente pretotalitaria durante su estado inconsciente. Es a esto a lo que me referí anteriormente como hibernación.

¿Qué conserva al pensamiento y la lógica pretotalitaria dentro de las capas subconscientes de la psique? En realidad los mismos motivos que demandan la censura psíquica en general: el miedo por una parte y el deseo de gratificación por otra. El miedo aparece en las formas más elementales, como el miedo a la muerte y el miedo a perder la libertad personal, pero también como una ansiedad indefinida. La ansiedad de la impotencia surge debido a la autoasociación de la imaginación totalitaria con la potencia, ya que todos los tipos de ideología totalitaria asocian a lo "burgués" con la castración o la femineidad. La ansiedad por la pérdida del amor y el respeto de los Padres totalitarios, depositarios de la autoridad y el poder, surge también del mismo modo. Del amor y el reconocimiento del Padre se da la gratificación. Son los Padres asimismo la fuente de los tipos más sencillos de gratificación, como la comida o el techo.

Permítaseme retomar la analogía de la vigilia plena y el estado de sueño. Del mismo modo en que uno puede asegurarse de que "se trata de un mal sueño", también puede seguir pensando y actuando de acuerdo con el texto totalitario, incluso cuando cobra conciencia de que piensa un texto con propósitos de lavado cerebral. La idea de que el mundo del texto totalitario "no es el verdadero", de que está mal actuar de acuerdo con ese texto y uno debiera en cambio pensar o actuar "normalmente", puede volver intermitentemente, como en chispazos. Si el chispazo se produce junto con un impulso muy fuerte, uno puede incluso llegar a despertar en ese momento. No obstante, incluso si el impulso es menor, el chispazo de otra forma de pensamiento que alguna vez fue nuestro deja tras de sí la huella de un sentimiento de culpa indefinida.

Siempre que un totalitarismo comienza a disolverse, el censor levanta el bloqueo, y los contenidos de la mente pretotalitaria entran de inmediato en la conciencia, para cohabitar con los contenidos de la mente totalitaria. Se trata de veras de una suerte de cohabitación, pues los dos tipos de pensamiento y comportamiento no se confunden. Tal y como durante los tiempos de su cohabitación Mitterrand ocupaba el puesto de presidente, en tanto que los conservadores controlaban el gobierno, aquí las funciones de la mente pre (y post) totalitaria están reservadas para la vida privada, mientras que la mente totalitaria se activa dentro de organizaciones y en la esfera política. Sólo los disidentes, que son siempre pocos y están aislados unos de otros, pueden superar casi completamente el estado de la mente totalitaria en su psique.

Cuando el totalitarismo se desploma, el viejo censor desaparece también de manera abrupta y permanente. La mente pretotalitaria resurge completamente intacta de su hibernación, y continúa funcionando donde se detuvo antes del "lavado cerebral". En esta fase, ocurre un fenómeno muy interesante. Aparentemente no queda nada de la mente totalitaria, es como si ésta se hubiera evaporado por completo. Pero no es así, ésta ha sido tan solo sumergida en el subconsciente. De manera más precisa, no es la propia mente totalitaria la que ha sido sumergida en el subconsciente, puesto que la tarea del nuevo censor no es evitar que resurjan los contenidos de la mente totalitaria. Este puede ser también el caso, pero es atípico. Lo que el censor impide que resurja es la conciencia de haber sido alguna vez sometido, parcial o totalmente, a un lavado cerebral.

La mente totalitaria ha dejado tras de sí documentos escritos: libros, cartas, denuncias. El mundo totalitario está lejos de ser borrado de la memoria. Todos están familiarizados con su *modus operandi*, se mofan de sus absurdos, evocan su horror, la experiencia totalitaria se transforma en el tema favorito de las memorias y de la ficción. Sólo que las personas que escriben estas historias, los oradores que hablan de ellas, hablan como si ellos no tuvieran nada que ver con el mundo de las historias que ahora recapitulan, como si la sociedad previa hubiese sido tan solo una sociedad de espectros, una sociedad de "otros" misteriosos, completamente distintos de nosotros. Los escritores de estos textos, así como sus lectores, son siempre las excepciones. No se pueden reconocer a sí mismos en el mundo de los fantasmas, no pudieron ser ellos quienes pronunciaron las palabras que fueron pronunciadas, no pudieron ser ellos quienes actuaran las

escenas que en realidad fueron actuadas. Fueron otros los que lo hicieron.

Ciertamente, el censor primero protege al ego de verse a sí mismo como algo bajo, irracional o estúpido. También protege al ego de reconocerse a sí mismo como culpable, sin importar el grado de culpa. Provee a la psique de una cuenta clara de salud moral e intelectual. El mal sueño fue tan solo un mal sueño. Y si el sueño contiene la experiencia de un chispazo retrospectivo hacia la mente posttotalitaria, necesita ser suprimido de manera aún más fuerte en la medida en que es en ese momento cuando es más doloroso.

La descripción de este marco colectivo de la mente no es sin embargo una más entre tantas historias conocidas sobre una autodefensa fraudulenta. Normalmente la gente se asegura que tiene siempre la razón, y que es el otro el que está equivocado; normalmente, la gente recuerda bastante bien y con exageración lo que otros le han hecho, y olvida fácilmente lo que le ha hecho a otros. La religión encontró aquí la cura moral hace mucho tiempo. El autoapologista insincero tuvo que cambiar su mente por completo, tuvo que volver a nacer. En el caso que discutimos, sin embargo, no hay tal remedio disponible. Pues la mente totalitaria ha sido sumergida después de que la persona cambió su mente por completo, después de que comenzó a pensar por sí misma con su propia mente, al menos hasta cierto punto. Es esta persona mentalmente vuelta a nacer la que no recuerda aquello que ella misma pensó e hizo hace pocos años o apenas ayer. Hay varias razones obvias que explican esta mente en blanco, pero hay también una menos evidente: uno olvida sólo porque ha vuelto a nacer. X, con una mente posttotalitaria, no puede desentrañar el texto que era tan familiar a X, que tenía una mente totalitaria. No puede reconocer esa mente como propia, pues no es la suya. Le parece imposible que hubiera podido haber dicho o escrito cosas semejantes, pues ahora lee esos textos con su mente actual, pues él es su mente actual. El censor que obliga a la mente totalitaria a sumergirse en el subconsciente y que protege al yo de ser enfrentado con su propio yo (su alter ego) protege por lo tanto —entre otras cosas— la propia identidad del individuo. Uno puede olvidar de manera auténtica si primero recuerda de manera auténtica.

En mi interpretación actualizada de las historias del Génesis, Adán y Eva olvidaron por completo la existencia de Dios y sus mandamientos, y Caín fue incapaz de recordar que había asesinado a su hermano. La responsabilidad no ha sido anulada, algunas veces ni siquiera disminuida, por el total olvido de las normas o por la supresión completa de las propias acciones de la propia mente. Sin embargo, al asumir la responsabilidad, y con ello, la autonomía puede estar todavía ausente. Esta distinción estricta entre la responsabilidad y el asumir tal responsabilidad puede sonar extraña a los filósofos que, fieles a una tradición que se extiende desde Agustín de Hipona hasta Kant, asocian la autonomía moral con el libre albedrío o con la libertad trascendente y buscan respuestas a la pregunta de si nuestras acciones son o no enteramente determinadas, y si lo son, qué tanto y por qué medio son determinadas. El problema de la libertad y la responsabilidad se debate en el escenario paradisiaco, y se liga a temas tales como el conocimiento divino previo, la Providencia y el poder del Mal. Que la respuesta no pueda responderse en el escenario en que fue hecha, o quizá en ninguno, no tiene por

qué considerarse la debilidad real de dicha concepción. Después de todo, las cuestiones filosóficas de mayor peso no son "problemas" que puedan resolverse. La principal debilidad de la venerable tradición filosófica es más bien que no alcanza a comprender las situaciones morales decisivas de la modernidad, por ejemplo la que estamos abordando ahora. Resulta más provechoso remitirse a la filosofía preagustiniana, a Aristóteles entre otros, y distinguir dos problemas: por una parte la responsabilidad moral (o intelectual) y por otra las relaciones entre libertad y determinación. En vez de pensar dentro del marco heredado, se puede relacionar responsabilidad con autoría.

Si aceptamos pensar dentro de este marco, la responsabilidad de Caín por la muerte de su hermano será la misma al margen de si éste recuerda o no su acción. Él es responsable simplemente porque fue el autor de la acción que dispuso de la vida de Abel, y su recuerdo o su ausencia no hace ninguna diferencia. De ser una persona como Caín sometida a un lavado cerebral en el momento del asesinato, no es ni más culpable de asesinato de lo que lo hubiera sido de otra manera, si hubiera cometido esta acción antes del "lavado cerebral" o tras despertar de su mal sueño. Es cierto que un hombre con un marco mental totalitario no es libre. Sin embargo el autor sigue siendo autor de sus actos al margen de que su mente sea libre o no. Es, sin embargo, un problema enteramente distinto si un Caín que olvidó su acción es culpable también de evitar responsabilidades, o si un Adán y una Eva imaginarios, que olvidaron por completo la voz y el mandamiento de Dios en el momento de su encuentro con el demonio, merecían ser expulsados del paraíso del perdón. En la medida en que asumir la responsabilidad de un hecho es aceptar su autoría, no puedo sino repetir que el recuerdo es su condición misma. Parecería como si una persona no pudiera aceptar la autoría de un hecho si no se reconoce a sí misma como autor de ese hecho. Se da pues por un hecho que si X no recuerda debe ser culpable entonces también de evitar las responsabilidades. No obstante, las preguntas relevantes se presentan aquí de la siguiente manera: "¿Recordar qué?" y "¿Recordar hasta qué punto?", "¿Recuerdo de qué?" y "¿Recuerdo en qué medida?" ¿Y cuál es la relación entre memoria, recuerdo y remembranza, si éstas se reducen al problema de asumir o evitar la responsabilidad de un hecho? ¿Qué tan responsable puede ser uno de olvidar o recordar algo?

Respuestas unánimes requieren casos unánimes. Sólo el caso absoluto es un caso unánime. Sé de uno o dos casos absolutos. Uno de ellos es el recuerdo total hegeliano. En él todo es recordado a partir de la profundidad de la naturaleza mediante la conciencia. Nada permanece ajeno, todo se vuelve diáfano. El segundo caso absoluto que conozco es el de la elección existencial de uno mismo; aquí, el asumir la responsabilidad se encuentra implícito en la elección misma.

Lo no absoluto es siempre ambiguo. Uno reflexiona sobre los casos ambiguos en su contexto. El contexto que he elegido para la próxima serie de reflexiones es la instancia del desplome de los regímenes totalitarios, de manera que parto del punto mismo en que el recién instalado censor nuevo da un portazo a la mente totalitaria, tras haberla arrojado a las lejanías del inconsciente, de donde la mente posttotalitaria ha apenas resurgido. En este contexto, la supresión de la culpa personal de la memoria del partido culpable se encuentra

ligada a la supresión de la conciencia de una mente alguna vez sometida al lavado cerebral por el recién instalado censor de la mente posttotalitaria.

X se rehúsa a recordar que denunció a su hermano; dice no poder recordar el hecho. Supongamos que existen documentos disponibles. X puede entonces evocar, incluso si todavía no puede recordar. Hago una diferencia entre estos dos términos. Uno evoca si reconstruye historias pasadas a partir de huellas disponibles y aparentemente suficientes. Puede evocar algo que hizo en el pasado si existen fuentes suficientes para una reconstrucción confiable; la verificación mediante la memoria personal es tan sólo una de esas fuentes, tampoco necesariamente la más confiable: cobramos conciencia de esto cada vez que la gente da testimonio sobre otras personas y no acerca de sí mismas. La evocación de un hecho es siempre una interpretación. Al suponer que uno interpreta los propios actos sin recordarlos, uno se enfrenta a sí mismo como si se tratara de un extraño. De tal suerte que puede aceptar el juicio de otros que le adjudican la responsabilidad por su acción; pero no puede en realidad asumir la responsabilidad por esas acciones. Pues no se considerará a sí mismo autor del hecho; el autor es una persona que se llama igual que él, que quizás era la misma persona, pero que ya no lo es. Podría asumir la responsabilidad por su acción si fuera capaz de recordarla, puesto que la remembranza es la manifestación individual más decisiva de la identidad. Sin embargo, la memoria puede regresar bajo la condición de que la mente totalitaria suprimida resurja de su tumba inconsciente en su estado alienado. Liberar a la mente totalitaria de su tumba psíquica podría también traer de regreso la propia estructura de la mente totalitaria que alguna vez fue el marco de referencia de la toma de decisiones de la persona en cuestión. No sólo recordaría, sino que al tiempo de recordar podría también al menos parcialmente reconfirmar o autorizar sus actos previos. Entre otras cosas, podría recordar aquello que le hizo a su hermano, mas no aceptaría haberlo "denunciado", pues el término "denuncia", con su connotación fuertemente negativa, pertenece al mundo de la mente posttotalitaria.

He partido del supuesto de que uno puede recordar u olvidar a voluntad. Se trata de un supuesto erróneo. La persona olvida lo que hizo (a otros) precisamente porque empuja a la mente totalitaria, a través del censor, hacia las capas inconscientes de la psique. Al mismo tiempo que desea olvidar, quiere deshacerse del recordar. No se da aquí una baja en un solo sentido, sino una interacción. La huella de la memoria se convierte en la huella de la culpa porque la mente totalitaria es reemplazada por la mente posttotalitaria, y la mente totalitaria puede ser sumergida porque la culpa debe de ser olvidada. Algo similar ocurre cuando la persona no puede recordar cosas que se hizo a sí misma, bajo el supuesto de que esas cosas hayan provocado un daño intelectual o emocional a la persona y que pudieran ser adjudicadas al autor por el autor como crímenes cometidos contra sí mismo. La incapacidad de juntar la remembranza y el gesto de asumir una responsabilidad es una limitación moral; no obstante, se trata asimismo de un grave caso de autoalienación, es decir, de la fuente de una inestabilidad psíquica constante.

Pero, ¿es una persona culpable de no asumir una responsabilidad si no puede recordar?

Si la mente totalitaria es realmente obligada a ingresar por

completo en el inconsciente, y si recordar ciertas cosas que uno le ha hecho a otros también requiriera la salida a la superficie de este material psíquico sumergido, entonces el recuerdo de este material no ocurriría a voluntad. De ser esto así, una persona que no hubiera olvidado que había denunciado a su hermano no puede ser responsabilizada por no haberse hecho cargo de su acción, si bien puede ser responsabilizada de la propia acción. La responsabilidad por un acto significa autoría. En la medida en que fue autor de la denuncia el responsable puede o no recordar su acción. Sin embargo, no es autor del acto de "negar la responsabilidad", porque no puede negarse a reconocer algo que no puede reconocer.

La distinción parece, no obstante, intrascendente. Pues, como hemos mencionado, la persona puede todavía evocar (a partir de otras huellas que no las de su memoria) sin recordar. Si se le enfrenta con una cantidad suficiente de huellas del pasado, será capaz de asumir la responsabilidad (y puede ser hecho responsable por otros de asumirla o de negarse a hacerlo) sin recordar el hecho. Si Adolf Eichman hubiera cambiado de parecer (cosa que no hizo) y hubiera olvidado todo lo que hizo (cosa que estuvo a punto de hacer) habría seguido siendo todavía completamente responsable por sus actos, y habríamos podido todavía haberlo hecho responsable de no asumir su responsabilidad. Pero, ¿por qué es esto así?

La misma distinción tiene sentido si hubiera tan sólo muy pocas huellas de cosas que la gente se hizo contra sí misma o contra otros, de tal suerte que estas personas no pudieran ser enfrentadas con esas huellas. ¿Cómo puede uno pedir que una persona conozca y asuma la responsabilidad por aquello que conoce si no puede ni evocarlo ni recordarlo? ¿Pueden Adán y Eva, quienes olvidaron por completo los mandamientos de Dios y su existencia misma, ser expulsados del paraíso del perdón, del lugar donde su culpa puede ser borrada por otros? Olvidar no es equivalente a borrar. Olvidar (uno mismo) no es perdonar.

El material subyacente no se evapora así como así de la mente inconsciente. Con toda probabilidad, casi todas las personas que vivieron bajo una sociedad totalitaria durante un largo período olvidaron muchas cosas que le hicieron a otros o a sí mismos, cosas que describirían como culpa o por lo menos como algo falto de gloria o sin aviso o injusto, si tan solo pudieran recordarlo. Hay una cantidad considerable de material de culpa oculto en la psique posttotalitaria. Los hombres y mujeres más vocingleros compiten por los méritos a la resistencia; mientras más diligentemente reescriben su pasado, más sospechosos se vuelven de ocultar sentimientos irreflexivos de culpa en el fondo de su psique.

Sin embargo, el material subyacente de la mente pretotalitaria no se ha tampoco evaporado simplemente de la censura de la mente totalitaria. En sus malos sueños, las experiencias y la lógica de la mente pretotalitaria regresan en forma de chispazos, que infligen heridas psíquicas: las heridas de una mala conciencia. Muchos hombres y mujeres despiertan de sus malos sueños bajo el impacto de esos chispazos. Pudieron despertar porque los chispazos eran extremadamente fuertes. Y eran fuertes porque estaban íntimamente conectados con la mente pretotalitaria de la persona. En la medida en que la mente totalitaria (de la persona) es la autora de actos que son degradantes para otros y también para uno mismo, los fuertes chispazos pueden ser íntimamente relacionados con dos

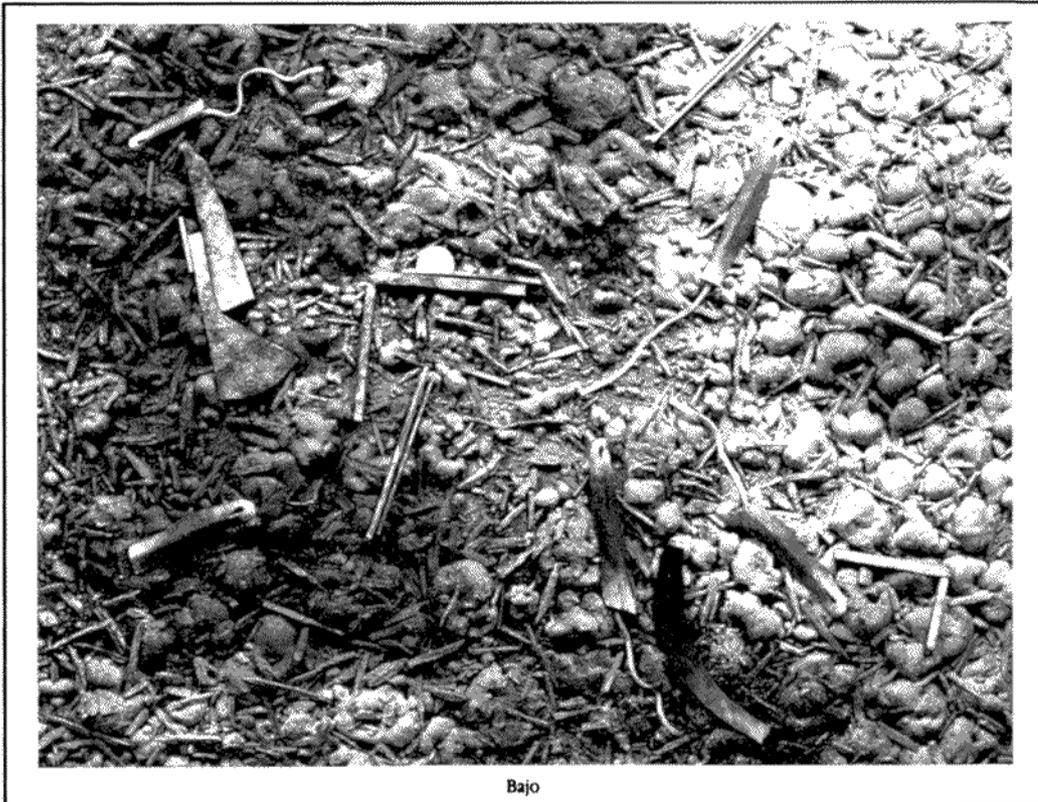
instancias de la mente pretotalitaria de una persona: con el sentimiento de empatía y con el deseo de autonomía. Los chispazos serían menos fuertes si estas dos motivaciones estuvieran menos violentamente presentes en la mente pretotalitaria, o si las condiciones en que los chispazos ocurrieron fueran menos dramáticas, menos extremas.

Los chispazos de dolor provocados por los retorcimientos de la conciencia que no fueron lo suficientemente violentos como para despertar a la mente sometida a un lavado cerebral de sus malos sueños, se encuentran ahora enterrados junto con la mente totalitaria. Si tan solo estos chispazos y el dolor que los acompaña pudieran sacarse a la luz, la gente podría recordar sin temor a una recaída en el pensamiento totalitario. Podría de esta manera asumir la entera responsabilidad por sus acciones y por lo que ha sido sin volver a pensar como antes. Sería entonces inocente de eludir responsabilidades, merecedora del olvido, y, si su culpa es perdonable, también del perdón. La mente totalitaria, con toda la culpa que alguna vez infligió, se evaporaría, despejando el camino a la normalidad moral y psíquica.

Si uno evoca y sin embargo no recuerda, podría darse un punto donde el viejo dolor se siente de nuevo. Como Parsifal, quien no comprendía el sentido de la ceremonia divina por el mero hecho de contemplarla, entenderá todo de

golpe en el momento mismo en que sienta el sufrimiento y el dolor de Amfortas, de la misma manera podrán hacerlo muchos hombres y mujeres. Los retorcimientos de conciencia alguna vez reprimidos podrán traer de regreso la memoria largamente reprimida.

Que alguien haya sentido esos dolores, depende primordialmente de su inclinación por la empatía y por la autonomía. En ausencia de dichas inclinaciones, emociones o deseos, ningún chispazo de verdad entra en la mente de la persona. Y si ningún chispazo de verdad entró allí nunca, ninguna evocación les hará sentir los dolores de Amfortas o los dolores de su heteronomía. No podrán recordar. Sin embargo, podrán ser culpados de evitar responsabilidades pues son autores de una elusión de responsabilidades. Nada se borra por completo. Hombres y mujeres son coautores de su olvido. El Adán y la Eva de mi metáfora no pueden olvidar por completo la divina voz mientras conserven una pizca de empatía por aquellos que sufren, y mientras deseen ser libres. Adán y Eva del Génesis no se han olvidado, por lo que su castigo resultó ser una bendición o más bien una cita; fueron expulsados del jardín del olvido. Aquellos adanes y evas que olvidan el sentimiento de empatía y el deseo de libertad, han sido ya expulsados del paraíso del perdón. La supresión total del paraíso del perdón es olvidar su propia existencia. □



Bajo